Estudios sobre las Culturas Contemporaneas
Universidad de Colima
pcultura@cgic.ucol.mx
ISSN (Versión impresa): 1405-2210
MÉXICO

1999
Howard Campbell / Susanne Green
HISTORIA DE LAS PRESENTACIONES DE LA MUJER ZAPOTECA DEL ISTMO DE TEHUANTEPEC
Estudios sobre las Culturas Contemporaneas, junio, año/vol. V, número 009
Universidad de Colima
Colima, México
pp. 89-112

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

HISTORIA DE LAS REPRESENTACIONES
de la mujer zapoteca del Istmo de Tehuantepec*

Howard Campbell y Susanne Green

El tema de la representación, es decir, de cómo los antropólogos u otros observadores describen a un grupo de personas, así como de las implicaciones sociales de dichas descripciones, es uno de los temas más importantes de la antropología contemporánea (Clifford 1988; Rosaldo 1993; Lutz y Collins 1993; Spurr 1993).

Este artículo se refiere a un aspecto particular de la representación: a la manera en que observadores no nativos, provenientes mayormente de ciudades de los Estados Unidos, Europa o de la ciudad de México, han descrito a las mujeres zapotecas istmeñas de Oaxaca, México. De ahí que este artículo no sea una etnografía tradicional, sino una crítica de las distintas etnografías y discursos que se refieren a las mujeres zapotecas. Por tal motivo, la fuente de datos de este artículo son las representaciones que observadores no nativos hicieran sobre las mujeres zapotecas, y no el trabajo de campo de los autores (especialmente el trabajo de Campbell), el cual ya ha sido publicado de manera extensa en otros lugares. Lo que queremos proponer aquí es que la mayoría de las descripciones de observadores no nativos del Istmo que se han hecho hasta el presente acerca de las mujeres zapotecas (tanto las provenientes de antropólogos, viajeros, pintores, periodistas o intelectuales feministas), han reproducido un discurso esencialista y exotizante. De ahí que el propósito del presente artículo sea empezar a deconstruir un tipo de discurso que describe a las mujeres zapotecas como amazonas matriarcales.

Los zapotecas son el grupo indígena más numeroso que habita el istmo de Tehuantepec, una región agrícola semi-tropical árida adyacente

Época II. Vol. V. Núm. 9, Colima, junio 1999, pp. 89-112

al océano Pacífico ubicada a 400 kilómetros al sur de la ciudad de México. El istmo es una de las pocas áreas de México donde los grupos indígenas tienen un poder político y económico importante. Al mismo tiempo, el istmo de Tehuantepec es una de las regiones económicamente más desarrolladas del estado de Oaxaca.

Mucha gente de la zona trabaja en la refinería de petróleo que PEMEX tiene en Salina Cruz, mientras que otros istmeños tienen ocupaciones diversas, tales como pescadores, campesinos, artesanos y comerciantes. Los campesinos zapotecas cultivan maíz, frutas tropicales, caña de azúcar y crían ganado gracias al abastecimiento de agua que les provee el complejo hidráulico Benito Juárez. A su vez la región tiene un sector comercial especialmente vigoroso dada la proximidad de la carretera Panamericana y de las diversas rutas comerciales que conectan Centroamérica y el sur del país con la ciudad de México. Una buena parte de la actividad comercial minorista de los mercados tradicionales de la zona es controlada por las mujeres zapotecas. La cultura zapoteca es una de las culturas mesoamericanas más antiguas que todavía persisten, y a diferencia de muchos otros grupos nativos latinoamericanos, los zapotecas del Istmo han preservado el control sobre porciones substanciales de su territorio originario. A su vez, la sociedad zapoteca contemporánea es una compleja mezcla de costumbres campesinas tradicionales y formas cosmopolitas y urbanas. Juchitán, la ciudad zapoteca más grande del Istmo, es el centro de un sistema de fiesta muy rico ("las velas"), el cual preserva muchas de las costumbres nativas asociadas con la identidad étnica zapoteca, tales como la multitud de estilos danzantes, músicas locales y canciones; las coloridas blusas y faldas de las mujeres; una sabrosa comida regional basada en el maíz, las frutas tropicales y los frutos de mar; y las tradiciones folclóricas del catolicismo. Juchitán es el centro de un dinámico renacimiento cultural zapoteca, donde poetas, pintores y músicos celebran la lengua, la mitología y la filosofía zapotecas. A su vez, en Juchitán las mujeres zapotecas controlan los mercados indígenas y son famosas por su sagacidad comercial.

Desde el siglo XVI, las mujeres zapotecas han capturado la fantasía de los observadores extranjeros. Este artículo examinará algunas de las descripciones más típicas y representativas que, acerca de las mujeres zapotecas, fueron hechas por viajeros, o que aparecieron en pinturas, estudios antropológicos, escritos feministas, y también en los medios masivos de comunicación. En las páginas que siguen argumentaremos que las representaciones que los extranjeros hicieran de las mujeres zapotecas, si bien no son monolíticas, han tendido a reproducir un discurso común que enfatiza la fuerza, la indomable sexualidad y el exoticismo de

la mujer zapoteca.[1] Aunque este discurso ha sido ampliamente compartido por la mayoría de los observadores extranjeros, los usos del mismo han variado desde aquellas posiciones que ven a las mujeres zapotecas como amazonas primitivas cuya cultura es inferior a la cultura occidental, hasta aquellas otras posiciones (bien ejemplificado por las intelectuales feministas) que sostienen que las mujeres del istmo son un símbolo de igualdad social y poder que debiera ser emulado por la mujer urbana occidental.[2]

Durante el transcurso de esta investigación hemos encontrado innumerables tratamientos periodísticos de las mujeres zapotecas que repetían sin cesar la imagen de las "mujeres exóticas" o el estereotipo de las amazonas, imágenes y estereotipos que se han utilizado reiteradamente en los escritos acerca del istmo desde el siglo XVI.[3] Tales imágenes seguirán siendo hegemónicas en la literatura hasta que las mismas sean desafiadas por otras más apropiadas y tal vez más ajustadas a la realidad –representaciones que nosotros sugerimos provendrán de las mismas mujeres zapotecas y, esperemos, también de las nuevas investigaciones antropológicas sobre la región.

Una breve historia de los discursos sobre las mujeres zapotecas del Istmo

La primer descripción escrita que encontramos acerca de las mujeres del istmo proviene del cronista colonial Torres de Laguna (1983: 21 [1580]), quien da cuenta de las actividades comerciales de las mujeres zapotecas en Tehuantepec, como así también menciona las faldas y blusas de algodón que dichas mujeres visten. Otro oficial colonial, Manso de Contreras (1987: 21 [1661]), describió cómo las mujeres zapotecas audazmente atacaron a los oficiales españoles durante la rebelión de 1660 en Tehuantepec. Aún hoy en día, la gente zapoteca del istmo, especialmente en Juchitán, Oaxaca, está sumamente orgullosa de su historia de rebelión contra toda dominación externa, y las mujeres zapotecas son mencionadas prominentemente en las versiones locales de tales historias (Campbell 1994). Asimismo, contemporáneamente Juchitán es bien conocido en los círculos políticos mexicanos como el hogar del movimiento progresista zapoteca, COCEI,[4] movimiento que ha derrotado al PRI en varias elecciones locales. El otro orgullo de Juchitán son sus mujeres zapotecas, las cuales han sido objeto de múltiples representaciones externas desde tiempos coloniales.

A comienzos del siglo XIX las mujeres del istmo y sus vestidos de brillantes colores impresionaron al artista italiano Claudio Linatti, quien en 1823 pintó mujeres zapotecas en su libro titulado *Trajes civiles, militares y religiosos de México* (Longi 1991). Las reflexiones acerca de los zapotecos durante la época colonial son buenos ejemplos de la "conciencia planetaria" de los europeos, quienes buscaron categorizar animales, plantas y gentes que no les eran familiares en términos conceptuales más cercanos a su propia experiencia metropolitana, al tiempo que aprovechaban el potencial económico de las nuevas tierras que exploraban y colonizaban (Pratt 1992: 15-37). La categorización colonial de los nativos como los "otros" fue asimismo una manera, por parte de los europeos, de acumular poder en relación a la gente colonizada, quienes fueron sujetos a un proceso de negación, vigilancia y apropiación que reforzó las construcción metropolitana (y occidental) de poder/conocimiento (Spurr 1993).

Una descripción de las mujeres zapotecas particularmente evocativa fue la realizada por Charles Etienne Brasseur de Bourbourg (1982 [1861]), un abate y viajero francés de mediados del siglo XIX. Brasseur hizo muchos viajes por Latinoamérica y fue un prestigioso investigador de la arqueología y de la lengua Maya (Coe 1992: 99-101). En 1861 Brasseur (1981: 159 [1861]) estableció el tono para los futuros escritos acerca de las matriarcas tehuanas[5] con su colorida descripción de la cuasi–amazona *Didjazá*[6] de Tehuantepec:

> Esa noche ella llevaba una falda de una tela a rayas, color verde agua ... un huipil de gasa de seda rojo encarnado, bordado de oro... Su cabello, separado en la frente y trenzado con largos listones azules, formaba dos espléndidas trenzas... Lo repito, jamás he visto una imagen más impresionante de Isis o de Cleopatra.

Como ha hecho notar Pratt (1992: 4), este tipo de observaciones realizadas por viajeros europeos en lo que ella denomina "zonas de contacto" ("espacios sociales donde distintas culturas se encuentran, chocan, y se entrelazan unas con las otras") han enmarcado las percepciones occidentales sobre la gente nativa de dichas regiones. Dichas observaciones son realizadas típicamente por aquellos actores sociales que Pratt denomina con el rótulo de "hombres observantes", "cuyos ojos imperiales miran y poseen" lo que ven en escenarios no europeos (Pratt 1992: 7; Lutz y Collins 1993: 185). El objeto de la mirada de Brasseur se cree que fue alguien con nombre y apellido, Juana Cata Romero, una empresaria y terrateniente zapoteca muy exitosa que, de acuerdo a una leyenda local, se convirtió en la amante del presidente Porfirio Díaz (Krauze 1987). La emocionante caracterización que hizo Brasseur de la

señora Romero es un cabal ejemplo de sus intentos por describir lo que para él representaban los extraños y exóticos habitantes de una tierra decadente y tumultuosa (el istmo de Tehuantepec), tierra que subsecuentemente sería controlada por Francia. La seductiva imagen del matriarcado zapoteca creada por Brasseur ha perdurado como marco de referencia para los exploradores que lo sucedieron en su visita al istmo.

Durante las décadas de los años 1930 y 1940, los famosos artistas mexicanos Diego Rivera y Miguel Covarrubias pintaron escenas que mostraban de forma prominente a las mujeres zapotecas. Durante el mismo período, Frida Kahlo realizó varios autorretratos donde aparece vestida con el colorido guardarropa zapoteca (Tibol 1993). Kahlo reclamaba para sí (apócrifamente, dado que en realidad su ascendencia era europea y fue criada en la ciudad de México) cierta ascendencia zapoteca y se deleitaba en el uso de vestidos y blusas regionales, brillantes alhajas de oro, y trenzas al mejor estilo del istmo. Sus autorretratos se encuentran en la actualidad entre las pinturas más apreciadas y codiciadas del mundo artísticò internacional. Al igual que su compañero Diego Rivera, Kahlo se identificaba políticamente con la izquierda mexicana y compartía con ésta su cariño romántico por todo lo que fuera campesino e indígena. Kahlo también se sintió atraída por la idea del matriarcado zapoteca, idea que incorporó tanto en sus trabajos artísticos como en su estilo personal y en su imagen de mujer independiente y exóticamente hermosa (Tibol 1993).

Las más que favorables representaciones de la mujer zapoteca que hicieran Rivera y Kahlo, si por un lado no forman parte del discurso de negación y dominación que, según Pratt, caracterizan las descripciones occidentales de pueblos no occidentales, por otro lado aún cometen el pecado de estetizar al otro, una técnica retórica asociada con las crónicas de viajes y la expansión europea (Pratt 1992: 219; Spurr 1993: 43-60). Para Pratt, la estetización del otro (es decir, imbuirles a los sujetos observados una belleza artística) exalta el rol del observador quien, de esa manera, controla simbólicamente al objeto, en este caso a las mujeres zapotecas, a través de su mirada estética. Los murales de Rivera en particular, retratan a las mujeres indígenas como a seres sensuales dentro de un mundo altamente espiritual, a la vez que natural. Si por un lado estos trabajos artísticos fueron cruciales en la revaluación de su herencia indígena realizada por México hacia comienzos del siglo XX, por otro lado también apuntalaron la política indigenista del régimen post-revolucionario, política que glorificaba el viejo pasado indígena al tiempo que mantenía a los indígenas "reales" aislados del poder político y económico.

En 1946 Miguel Covarrubias publicó su libro *México South* el cual incluye reproducciones de sus pinturas del pueblo zapoteca. Covarrubias fue un pintor y antropólogo excepcional, un preciso etnógrafo de las costumbres y la historia del istmo y su libro se convirtió rápidamente en una especie de biblia para todos aquellos que quisieran estudiar la cultura zapoteca, apreciado tanto por los antropólogos de la academia como por la elite intelectual local. El cosmopolita Covarrubias viajaba frecuentemente al istmo desde su sede en Nueva York, ciudad donde trabajaba como caricaturista para las revistas *Vanity Fair* y *New Yorker*. Los relatos que hizo de sus viajes, las astutas observaciones acerca del folclor indígena y las coloridas y estilizadas pinturas de la geografía y la gente del istmo, establecieron un cierto estándar para futuros estudios sobre la región –muchos de los cuales no han hecho más que elaborar el trabajo original de Covarrubias. El escritor y pintor mexicano fue un marxista que apreció favorablemente lo que vio en el istmo, considerándolo como una especie de comunismo primitivo y matriarcal. En su influyente papel de intelectual y de artista bien conectado, la más que positiva descripción de la cultura zapoteca que hiciera Covarrubias ha tenido un impacto muy fuerte en los observadores que lo sucedieron en la región, y su influencia se puede apreciar tanto en los observadores locales como en aquellos otros que vinieron del exterior.[7]

La visión de Covarrubias acerca de las mujeres zapotecas está muy bien ejemplificada en el frontispicio de su libro, el cual muestra una mujer indígena gigante, vestida con una ondulante falda azul oscura y una blusa color púrpura, la cual porta una gran canasta de mimbre sobre su cabeza, canasta que aparece repleta de hojas de plátano y flores amarillas. La enorme regatona domina el marco, mientras que en el fondo, varias mujeres zapotecas desnudas se bañan en el río Tehuantepec. En el texto, Covarrubias (1946: 274) describe una sociedad donde son las mujeres las que dominan:

> Ya sea porque los hombres están trabajando en el campo o en la ciudad, desde el amanecer hasta la puesta del sol Tehuantepec se convierte en un mundo de mujeres. En todos lados hay mujeres muy atareadas moviéndose por aquí y por allá, llevando desde el mercado pesadas cargas en sus cabezas, comprando, vendiendo, chismoseando.

En otra sección, comentando acerca del exótico encanto que ejercen las mujeres zapotecas sobre los extranjeros, Covarrubias (1946: 246) escribe:

> Para cualquier habitante urbano de México, una tehuana es tan romántica y atractiva como lo es una sirena de los mares del sur para un adolescente norteamericano.

Muchas de las observaciones de Covarrubias sobre la cultura zapoteca, por ejemplo, acerca de la belleza de las mujeres locales, el intenso orgullo étnico de la gente de la región, o el supuesto carácter comunal y democrático de la sociedad zapoteca, son fervientemente sostenidas inclusive por los residentes contemporáneos de Juchitán, San Blas y otras ciudades del istmo. Su opinión más que positiva sobre la vida zapoteca coincide en muchas instancias con la auto imagen étnica de la gente local, especialmente en Juchitán.[8]

Una gran variedad de artistas mexicanos han incluido imágenes de mujeres zapotecas en sus trabajos. Entre estos encontramos a Tamayo, Anguiano, Zúñiga, Aquino y Toledo (Oles 1993). Además, la noción de que la sociedad zapoteca del istmo está controlada por mujeres está bien enraizada en el folclor nacional mexicano y varios trabajos antropológicos han enfatizado el poderoso papel que las mujeres tienen en el istmo (Chiñas 1992; Royce 1975).

En años recientes, la cultura zapoteca ha atraído un inusitado interés de parte de intelectuales y activistas feministas, en gran medida como resultado de la publicación del libro *Juchitán de las Mujeres*, el cual contiene fotografías de Graciela Iturbide y textos de Elena Poniatowska (Iturbide-Poniatowska 1989). Escrito con una prosa muy elegante, e ilustrado con hermosas fotografías en blanco y negro, el libro describe una ciudad dominada por agresivas mujeres indígenas que tratan a sus hombres como a cachorritos.

Poniatowska es una de las escritoras latinoamericanas más prestigiosas de la actualidad, a la vez que prominente periodista, feminista y propiciadora de diversas causas de izquierda. La autora mexicana ha estado viajando al istmo desde, por lo menos, los años 1970, con la intención de recolectar información para un libro acerca del líder disidente de los trabajadores ferrocarrileros, Demetrio Vallejo, el cual es nativo de la región. En el proceso de escribir dicho libro, Poniatowska descubre la tradición "matriarcal" zapoteca, la cual comienza a celebrar en sus escritos al tiempo que la incorpora a su propia agenda feminista. Lo mismo que Brasseur, Kahlo y Covarrubias antes que ella, las descripciones que hace Poniatowska sobre la vida del istmo han tenido un efecto mayúsculo en la visión que los extranjeros tienen acerca de la región, dada su fama intelectual y la influencia que ejerce sobre una gran porción del público lector. Las fotos de Iturbide sobre las mujeres zapotecas también han sido muy elogiadas.

De manera similar al grupo de escritoras que la Pratt llama "exploratrices sociales" (mujeres viajeras del siglo XIX que escribieron sobre sus aventuras en las sociedades latinoamericanas y comentaron sobre las

vidas de las mujeres locales), Poniatowska e Iturbide han creado una representación de las mujeres zapotecas "envuelta en una atmósfera de paganismo, erotismo femenino y misteriosa hermandad" (Pratt 1992: 168). El libro de Poniatowska e Iturbide ha sido extensamente diseminado en círculos feministas de los Estados Unidos, Europa y México, y la colección de fotografías ha sido expuesta en importantes galerías de París, Chicago y otras importantes capitales del mundo.

Adicionalmente, en julio de 1992, una exhibición completa del Museo Nacional de Arte de la ciudad de México fue dedicada a la representación artística mexicana acerca de las mujeres zapotecas. Por si esto fuera poco, recientemente la "historia" de las mujeres zapotecas en su carácter de "modernas amazonas" ha llegado a distintos revistas amarillistas como *National Enquirer* y *Elle* (revista que tituló un artículo de Septiembre de 1993 "El dominio de las mamacitas calientes"), y a "Ocurrió Así", un pseudo programa de noticias de la televisión en español que se emite para todo Sud y Norteamérica. Sin embargo, la representación de las mujeres del istmo que ha atraído más interés en los Estados Unidos es sin lugar a duda el libro de Poniatowska e Iturbide.

La suntuosa fotografía en blanco y negro de Iturbide retrata a las mujeres del istmo como a figuras impresionantes de gran independencia y fortaleza (un buen ejemplo de esto es una toma en la página 10 que retrata a una rolliza mujer joven acostada en una hamaca amamantando a su bebito). A su vez, los textos de Poniatowska (1989: 13-14) describen a las juchitecas como a matriarcas para quienes los hombres son sólo simples peones de ajedrez:

> ...agarran al hombre que desde la valla las mira, tiran de él, le meten mano mientras le mientan madres al gobierno y a veces también al hombre... Hay que verlas llegar, ellas que ya son gobierno, ellas, el pueblo, guardianas de los hombres, repartidoras de los víveres, sus hijos a horcajadas sobre la cadera o recostados en la hamaca de sus pechos, el viento en sus enaguas, floridas embarcaciones, su sexo panal de miel derramando hombres, allí vienen meneando el vientre, jaloneando a los machos que a diferencia suya visten pantalón claro y camisa, guaraches y sombrero de palma que levantan en lo algo para gritar: "Viva la mujer juchiteca".

Imágenes y aspectos de las vidas de las mujeres zapotecas que han sido enfatizados por los observadores externos

El atuendo de las mujeres

Las representaciones realizadas por los observadores externos acerca del poder de las mujeres del istmo se han centrado en una serie de elementos de la sociedad y las costumbres zapotecas. Entre estos elementos se incluyen el atuendo, los cuerpos, la sexualidad, el rol que juegan las mujeres en el mercado y la participación política de las mujeres zapotecas.

Un elemento muy importante de la sociedad y las costumbres zapotecas que es mencionado repetidamente por los observadores externos, es el estilo de vestimenta de las mujeres zapotecas. En un estudio sobre el *National Geographic* realizado por Lutz y Collins (1983: 89) estas autoras encontraron que esta revista en muchas oportunidades retrató a las mujeres no occidentales como adornadas

> con brillantes colores, vestidos "diferentes", participando en rituales exóticos o conductas inexplicables.

Este tipo de descripción es muy similar al utilizado por los observadores externos en sus descripciones de las mujeres zapotecas. Descripciones de las telas floridas y ondulantes que envuelven a los cuerpos dorados de las sensuales mujeres zapotecas son muy comunes tanto en los reportes de viajeros como en los relatos folclóricos. El vestido de las mujeres zapotecas (el traje tehuano) es a su vez acentuado porque generalmente va acompañado de centelleantes joyas de oro y brillantes flores de jazmín y bugambilia, accesorios que son también mencionados de manera recurrente en los escritos acerca de las mujeres del istmo. Otra mención muy común en tales representaciones hace alusión a los dientes de oro de las mujeres zapotecas.

Un explorador alemán, G.F. Von Tempsky (1981: 11 [1858]), quien viajara extensamente por México y Centroamérica alrededor de 1850, observó que "Los vestidos sumamente pintorescos les sirven ventajosamente a sus cuerpos". En 1844, el empresario italiano Moro, comisionado para hacer una evaluación del istmo en vistas a la construcción futura de un sistema de transporte a través de la región, fue igualmente impresionado por las mujeres locales. De acuerdo a Cattaneo (1984: 6 [1844]), Moro encontró muy atractivos tanto los rasgos como el comportamiento de las mujeres zapotecas, quienes para él eran "sobremanera elegantes con sus trajes de gala y de adornada cabellera; con la raíz de un junco aromático, que se llama chintule y que nace en el litoral,

preparan un agua perfumada con la que acostumbran lavar las vestimentas y las personas".

El arqueólogo francés Desiré Charnay viajó por todo México entre 1857 y 1861. Al igual que Brasseur, fue comisionado por el Ministerio de Educación de su país para conducir exploraciones en el país latinoamericano. Respecto del atuendo de las mujeres zapotecas Charnay escribió lo siguiente (1982: 7 [1863]):

> Sus vestidos, graciosos y provocativos a la vez, aumentan el encanto de estas criaturas. Se componen de enaguas de color bordadas de encajes que no llegan al tobillo y dejan adivinar una pierna fina y un bello modelado. Una pequeña chaqueta, ancha como la mano, permite entrever las carnes bronceadas de un talle muy fino, dejando los brazos desnudos y esconde apenas los contorsos de una garganta siempre agradable...
>
> Una parte integral del atuendo de las mujeres del istmo son las flores naturales que llevan en su cabellera así como las flores de tela bordadas en sus huipiles. En una tesis de doctorado, la antropóloga feminista norteamericana Dana Everts (1990: 438) describió el uso del simbolismo floral en el atuendo de las mujeres zapotecas de la siguiente manera: "ropas con motivos florales, un tocado que enmarca la cara de la mujer como los pétalos enmarcan la parte central de una flor, alhajas con diseños florales, mujeres portando jícaras repletas de flores –naturales en su interior y pintadas en su exterior. La imagen es la de una mujer que es una flor.

Finalmente, de acuerdo con Poniatowska (Iturbide y Poniatowska 1989: 16), las coloridas ropas de las mujeres tienen un profundo impacto en los observadores:

> ...en el Istmo se imponen con los olanes blancos de su tocado, el tintinear de sus alhajas, el relámpago de oro en su sonrisa.

La fotografía más famosa de Iturbide sobre una mujer zapoteca, la cual engalana la tapa del libro *Juchitán de las Mujeres*, muestra a una enorme y orgullosa mujer vistiendo un tocado de iguanas trenzadas (las iguanas son uno de los símbolos de la identidad étnica de los zapotecas del istmo).

Estas representaciones de los atuendos zapotecas que han sido reproducidas en innumerables oportunidades, comparten entre sí una serie de elementos en común. En primer lugar, se enfocan en las ropas de las mujeres del istmo como marcas simbólicas de la identidad étnica indígena, al tiempo que la vestimenta también es utilizada como un indicador de su belleza. De manera similar a las fotografías de la revista *National Geographic*, en las representaciones externas sobre las mujeres zapotecas los vestidos exóticos son usados para representar, metonímicamente, una extraña forma de vida en su totalidad. En segundo lugar,

la belleza de las mujeres zapotecas es concebida como algo luminoso y lleno de misterio. Las propias mujeres son descritas como criaturas naturales, cuyo atractivo surge (a la vez que refleja) la vegetación tropical que crece a su alrededor.[9] El bellísimo atuendo de las mujeres zapotecas es muchas veces contrastado con el humilde (y muy occidentalizado) atuendo de los campesinos zapotecas, para indicar la fortaleza de la posición de las mujeres en relación a los hombres locales. Además, algunos observadores han argüido que, en parte por su papel de portadoras de ropas "étnicas", las mujeres zapotecas y no los hombres son las principales transmisoras de la "cultura indígena" (Rubin 1991).[10]

El cuerpo de las mujeres

Otro elemento común que encontramos en las narrativas sobre las mujeres zapotecas realizadas por extranjeros hace referencia a los cuerpos de las mujeres, los cuales son descritos frecuentemente como bronceados, prominentes y hermosos. De acuerdo a muchos observadores occidentales, las mujeres zapotecas son encantadoras o físicamente intimidatorias. Por ejemplo, Brasseur (1981: 159 [1861]) describió a una mujer zapoteca, presumiblemente Juana Cata Romero, de la siguiente manera: "Era una india zapoteca, con la piel bronceada... elegante y tan bella que encantaba los corazones de los blancos, como en otro tiempo la amante de Cortés". El arqueólogo francés Charnay (1982: 6 [1863]) escribió que las mujeres zapotecas se encontraban "entre las más bellas razas de la república". En este sentido, Charnay expresó lo siguiente:

> Es hermoso verlas plantadas como marimachos, con la cabeza en alto, el pecho levantado, caminando orgullosas y desafiando las miradas; muy seductoras, a pesar de su aspecto viril, tienen, además de rostros llenos de carácter, una carne firme y una silueta admirables.

El explorador alemán Von Tempsky (1981: 11 [1858]), maravillado por las mujeres zapotecas, las describió de esta manera:

> ...sus rasgos son regulares, bien definidos y expresivos. El cabello negro ébano, sedoso y abundante, enmarca sus rostros morenos; en la juventud, un tinte rosado en las mejillas realza el lustre de sus ojos oscuros, con grandes pestañas horizontales y cejas marcadas.

Duncan Aikman (1947: 9), quien escribía para la revista *Saturday Review of Literature*, aseveró que las mujeres zapotecas eran

> unas diosas bronceadas y dominantes que viven con sus hombrecitos en una especie de perpetuo idilio poliándrico.

Todas estas observaciones enfatizan las imponentes características físicas de las mujeres, como si las féminas zapotecas poseyeran una biología superior que las separara de las mujeres de otros grupos étnicos o de los hombres zapotecas. Las mujeres zapotecas son consideradas innatamente poderosas y, una vez más, sus capacidades físicas y su belleza son ligadas a la naturaleza. En una especie de determinismo geográfico, su otredad en relación a las mujeres europeas sería producto del ambiente físico primitivo en el cual habitan. Para los observadores extranjeros, las mujeres zapotecas son amazonas, "mujeres exóticas" pertenecientes a tierras primitivas, lugares que son, básicamente no occidentales.[11]

La sexualidad

La sociedad mexicana es ampliamente percibida como patriarcal y el machismo mexicano es más que legendario. Sin embargo, muchos observadores consideran que las más que inusuales relaciones de género que caracterizan a los zapotecas del istmo son una excepción al modelo patriarcal mexicano (por ejemplo ver Chiñas 1992). Los observadores han estado particularmente interesados en la sexualidad de las mujeres zapotecas. Sus descripciones han fluctuado entre la imagen de la todopoderosa y sexualizada mujer comedora de hombres en un extremo, y la imagen de la pura y pasiva mujer virginal en el otro.

Una de las clásicas escenas acerca de las mujeres zapotecas que se repiten sin cesar en las crónicas y guías turísticas es la que hace referencia a las mujeres indígenas bañándose desnudas en el río Tehuantepec, completamente expuestas a la vista de los paseantes (por ejemplo, Charnay 1982: 6 [1863]). Esta perspectiva y muchas otras de similar carácter, buscan implicar que la sexualidad de las mujeres zapotecas es "natural" y libre, y que las mismas son fácilmente accesibles para encuentros clandestinos casuales. Von Tempsky (1981: 11 [1858]), sin embargo, lamentó la supuesta inmoralidad de las mujeres del istmo: "su condición moral es deplorable". Además, en un estilo espenceriano, llegó a reflexionar lo siguiente:

> La virtud sólo florece mediante las ventajas de una sociedad bien reglamentada religiosa y políticamente; a eso se le agrega un buen clima, constituciones físicas favorables e imposibilidad de ocio: ninguna de estas condiciones existe en Tehuantepec.

Un siglo después, la voz antropológica de Covarrubias (1946: 338), también hizo alusión a las supuestas actitudes sexuales primitivas de las

mujeres zapotecas, sin embargo su comentario es mucho más positivo que el de Von Tempsky:

> Las relaciones entre los sexos son naturales y desinhibidas, libres tanto del tono puritano que caracteriza la sexualidad de los indígenas de las montañas, como del concepto feudal español acerca de la posición inferior de la mujer.

La narrativa de Poniatowska (Iturbide y Poniatowska 1989: 16-17) presenta una serie de imágenes corporales/genitales muy poderosas sobre la sexualidad de las mujeres zapotecas:

> Las zapotecas siempre fueron abiertamente eróticas y viven a flor de piel su sensualidad. El sexo es su juguetito de barro, lo toma entre sus manos, lo moldean a su gusto, lo hacen para acá y para allá, lo amasan junto con el maíz de sus totopos.

Asimismo, las fotografías de Iturbide enfatizan el poder físico/sexual que supuestamente caracteriza a las mujeres del istmo. Una de dichas fotografías muestra a una robusta mujer zapoteca sosteniendo un cangrejo frente a su boca. Sus ojos están desviados y una de sus manos descansa apoyada en una pared. La mujer viste una larga y florida falda, y está engalanada con alhajas de oro. La imagen quizás quiera evocar la *vagina dentata* de la mitología griega: esa vagina peligrosamente dentada cuya función era la de comer hombres.

A su vez, una visión contrastante en el trabajo de Iturbide es representado por la foto de una muchacha virgen recién desflorada, la cual es retratada en toda su pena echada en una cama de blancas sábanas manchadas de sangre, cuyo cuerpo aparece cubierto de flores ceremoniales rojas las cuales celebran su estatus virginal mantenido hasta la reciente consumación de su matrimonio. La combinación que hace Iturbide de fotografías que retratan a las mujeres zapotecas alternativamente como vírgenes pasivas o amazonas triunfantes, refleja la tendencia de los observadores de ver a las mujeres del istmo en términos de los clásicos dualismos occidentales.

Las habilidades comerciales de las mujeres

Las mujeres zapotecas son famosas en todo México por sus habilidades comerciales. Torres de Laguna (1983: 21 [1580]) mencionó la importancia del rol comercial de las mujeres zapotecas en el siglo XVI, de la misma manera que lo hicieron muchos otros observadores hasta el presente. A mediados del siglo XIX, Von Tempsky (1981: 10-11 [1858])

viajó a través de Tehuantepec y describió el mercado pueblerino de la siguiente manera:

> En medio del zócalo se aloja el mercado en un edificio techado, sin muros, afirmado sobre altos postes y con grandes tejas salientes. Aquí, más de mil mujeres se reunen a diario para vender y comprar... Ningún hombre puede vender en el mercado: el oficio está monopolizado por las mujeres. Incluso el heno, los bultos de alfalfa que en todos lados venden hombres, aquí los negocian las mujeres.

Los coloridos mercados del istmo también llamaron la atención a principios del siglo XX del naturalista alemán Hans Gadow (1908: 150):

> En el mercado todos los vendedores son mujeres, la mayoría de las cuales están sentadas en unas sillas bajas, de un formato muy peculiar, denominadas "butacas". Dichas butacas están forradas ya sea con piel de jaguar, vaca, o con un cuero teñido de rojo. Los productos son traídos y depositados por los hombres, los cuales luego se retiran del mercado. En el mercado hay "huipiles" y otros tipos de ropas de muchos colores y diseños; pilas de frutas y flores; pavos, gallinas, pescados y carne y, –una vista más que curiosa–, largas filas de "tilcampos", o iguanas negras...

Covarrubias (1946: 274) encontró que

> En todas partes [en Tehuantepec] hay mujeres todo el tiempo ocupadas moviendo y transportando pesadas cargas encima de sus cabezas a través del mercado, comprando, vendiendo, chismoseando". Y dicho autor también hace notar que "las mujeres zapotecas adoran esta febril actividad comercial, aún cuando las ganancias que obtienen sean insignificantes (1946: 284).

Repitiendo lo que viéramos en la sección anterior acerca de la sexualidad de las mujeres zapotecas, la imagen que se quiere transmitir es la de una especie de utopía femenina, un lugar donde las mujeres indígenas dominan el paisaje. Así, a diferencia de las mujeres subordinadas del primer mundo, las mujeres zapotecas –a través de sus actividades comerciales– habrían, supuestamente, alcanzado un estatus de matriarcas auto–suficientes. En el relato de los observadores, las mujeres aparecen fortalecidas por sus abundantes puestos en el mercado desde donde distribuyen la riqueza de la naturaleza y alimentan a la comunidad.

Las mujeres y la política: visiones acerca del matriarcado

En México, como en la mayoría de los países, las mujeres no gozan del mismo acceso a la arena política que gozan los hombres. Aunque la cultura popular mexicana celebre el papel de las soldaderas en la revolución, son muy pocas las mujeres que tienen poder político en la sociedad Mexicana contemporánea. El istmo de Tehuantepec, sin embargo, ha sido visto por muchos como una excepción a la falta de poder de las mujeres en Mexico.[12]

Los comentarios sobre la participación política de las zapotecas pueden ser trazados hasta el siglo XVII, cuando muchas mujeres jugaron un papel muy importante en la rebelión tehuana contra el gobierno local español. Manso de Contreras (1987: 16 [1661]), haciendo un reporte de tal conflicto, concluye que las mujeres fueron las más atrevidas y obstinadas tiradoras de piedras. Pero si las zapotecas del istmo han participado en cada uno de los principales conflictos políticos de la zona desde, al menos, el siglo XVII, no fue hasta el advenimiento, en los años setenta, del movimiento zapoteca disidente, COCEI, que sus actividades políticas comenzaron a generar gran atención tanto periodística como académica. En 1981, COCEI gana las elecciones en Juchitán, Oaxaca, lo que hace a Juchitán la primer ciudad controlada por la izquierda desde la Revolución mexicana. Desde entonces Juchitán se ha hecho notoria en México como centro de sentimientos anti–gubernamentales y poder femenino. Esto ha atraído a la región a numerosos periodistas y observadores extranjeros. El resultado ha sido una seguidilla de artículos con títulos tales como "Las mujeres machos de México" (Hayes 1984), o "El gobierno de las mujeres en esta ciudad costera de México" (Ellison 1991). Aun la radio nacional pública de los Estados Unidos se hizo presente en el debate con "la historia de una ciudad donde las mujeres manejan todos los asuntos de la vida cotidiana y mandan a los hombres" (frase transcrita del programa radial "All Things Considered", 29 de julio de 1991).

Estos reportes describen a Juchitán como una ciudad dominada por las mujeres, una rara excepción en relación al generalizado machismo mexicano. Hayes (1984), por ejemplo, describe un incidente en donde:

> ...un político local que no era muy bien visto por las mujeres zapotecas, recientemente descubrió que estas no son mujeres con las cuales se pueda jugar. Cuando nuestro político entró al mercado público que se encuentra en las calles que rodean la plaza municipal de Juchitán, las robustas vendedoras tehuanas lo rociaron con sangre de pescado de pies a cabeza. Nuestro político rápidamente se retiró del mercado y nadie lo ha vuelto a ver por allí desde aquel episodio.

De acuerdo al muy reconocido cronista de viajes norteamericano Stephen Birnbaum (1985: 489):

> En una país totalmente comprometido con el machismo, existe una sociedad en la cual las mujeres dominan social y culturalmente. Las mujeres manejan las empresas, se hacen cargo de las transacciones comerciales, controlan el dinero de bolsillo y dirigen los bancos, mientras que los hombres son relegados a tareas tales como plantar y cosechar los campos.

La descripción más acabada del matriarcado juchiteco, sin embargo, pertenece a Poniatowska (Iturbide y Poniatowska 1989: 2):

> ...a las mujeres les gusta andar abrazadas y allí van avasallantes a las marchas, pantorrilludas... Son ellas quienes salen a las marchas y les pegan a los policías... Hay que verlas llegar, ellas que ya son gobierno, ellas, el pueblo, guardianas de los hombres.

Análisis

Los temas tocados en las descripciones que se han citado en este artículo son mucho más complejos que la mera referencia a un discurso racista, eurocéntrico o machista. Si por un lado el discurso que hemos discutido pertenece a extranjeros no indígenas, por otro lado está cruzado por múltiples agendas e intereses. Ciertamente, las descripciones de las mujeres zapotecas que hicieran observadores tales como Brasseur, von Tempsky, y Charnay son claros ejemplos de discursos sobra lo que se ha dado en llamar la "mujer salvaje". "El romance de la mujer salvaje" consiste de una constelación de imágenes y símbolos acerca de las mujeres y su sexualidad que contrasta lo primitivo y lo civilizado (Tiffany y Adams 1985: 1). La "mujer salvaje" es retratada en estos discursos como un ser salvaje, natural, caracterizada por un insaciable apetito sexual y un brutal poder físico (Spurr 1993: 180). Tiffany y Adams hacen un rastreo de estos discursos desde su aparición en la mitología acerca de las amazonas hasta su expresión en estudios antropológicos sobre los nuer, los habitantes de Samoa y las islas Trobriand, los yanomamo y otros grupos indígenas.

Para estas autoras, el romance de la mujer salvaje es una invención masculina y cumple la función de sostener la supremacía de los hombres y la dominación de las sociedades del tercer mundo por parte de los países del primer mundo.

Además de su contenido colonialista, las descripciones de las mujeres zapotecas del istmo también adquieren un aire místico, como si las mujeres así descritas no existieran contemporáneamente aquí con "no-

sotros" (es decir, la cultura del escritor), sino en un inframundo etnográfico que no está ni aquí ni ahora, o en algún lugar detrás de occidente en la evolución histórica. O sea que estas descripciones niegan la sincronicidad temporal de las mujeres zapotecas con Occidente (ver Fabian 1983).

De ahí que estemos de acuerdo con aquellos teóricos que plantean que los discursos coloniales y post-coloniales occidentales acerca de los pueblos no occidentales han servido a los intereses de los poderes del primer mundo. Distintos argumentos retóricos estetizantes (acerca de las "bellezas salvajes"), idealizantes, naturalizantes y erotizantes han sido desplegados por los colonialistas europeos como parte de su proceso de colonización. La mirada y la retórica colonial occidental producen un discurso que no sólo degrada y niega a los pueblos no occidentales, sino que también es en sí mismo una forma de poder colonial o post-colonial (Spurr 1993).

Tales estrategias para describir las diferencias humanas han ayudado a crear y a reproducir jerarquías sociales (Lutz y Collins 1993: 3). El discurso sobre las mujeres zapotecas discutido aquí es complejo en este sentido. Los relatos extranjeros sobre la sociedad mexicana tienden a exagerar las diferencias que existen entre las costumbres y los comportamientos locales y aquellos que caracterizan a los europeos y norteamericanos. Estas representaciones les niega su condición humana a los mexicanos y los describe como exóticos, misteriosos y primitivos (Taylor 1991: 2). Así, de acuerdo a Monsiváis (citado en Taylor 1991: 2), México se convierte en un "museo de primitivismo" para la contemplación de los anglo-americanos que ven al país con una mezcla de etnocentrismo, facinación y temor.

A su vez las intelectuales feministas mexicanas y extranjeras se han apropiado de las mujeres zapotecas como un símbolo de liberación femenina que debiera ser emulado por sus menos afortunadas hermanas del primer mundo (ver, por ejemplo, Bennholdt-Thomsen 1989; Giebeler 1993). Las feministas han celebrado el poder de las mujeres zapotecas, la belleza de sus ropas, así como las costumbres locales que exaltan el estatus de las mujeres, y se han maravillado del éxito y la dignidad que perciben en las mujeres zapotecas.[13] Si por un lado este tipo de discurso es preferible en relación al discurso colonialista de los viajeros que describe Pratt, la utopía feminista creada por las observadoras de la sociedad zapoteca no deja de ser, por un lado, sospechosa antropológicamente, y por el otro, muy distante de las experiencias sociales de las mujeres zapotecas. Por ejemplo, este tipo de narrativa no menciona las diversas formas en que las mujeres zapotecas están subordinadas a los

hombres o son maltratadas por los mismos. Por otra parte, aún estamos en presencia de un discurso creado por observadores occidentales urbanos, mayormente del primer mundo, que opera transformando en objetos a sujetos del tercer mundo.

Por esta razón, si por un lado admiramos el propósito que alienta este tipo de descripción feminista sobre las mujeres zapotecas, es decir el reconocimiento de la diversidad entre las mujeres y la promoción de sus derechos, aun así hemos escogido puntualizar las similitudes entre este tipo de discurso y el discurso colonial que lo precede, en el sentido de que ambos comparten una falta de atención acerca del propio punto de vista indígena sobre el tema. En realidad, muy raramente las voces de las mujeres zapotecas han sido reproducidas directamente en los escritos feministas sobre el istmo (y casi nunca en los escritos sobre la región hechos por hombres) –tal vez porque lo que las mujeres del istmo pudieran decir contradeciría la idealizada noción de igualdad de género o matriarcado zapoteca que es moneda común en las descripciones que venimos analizando.

Contrariando las visiones sensacionalistas que retratan a las mujeres del istmo como íconos del género, Guadalupe Ríos, una escritora y madre soltera zapoteca, critica severamente ciertos aspectos de la vida zapoteca por ser "opresivos, degradantes y obsoletos" (Rovner 1993: 45). Ríos es particularmente crítica en relación al culto a la virginidad que caracteriza a la cultura zapoteca, y le enfada que ciertas mujeres zapotecas consideren sus opiniones como una capitulación en relación a los valores y estándares occidentales. Este tipo de discrepancias acerca de qué es o debiera ser la cultura zapoteca, no son reveladas en las representaciones esencialistas que caracterizan la mayoría de los tratamientos externos sobre las mujeres del istmo. Mientras estas ideas no tengan pleno acceso al discurso antropológico y de los medios masivos de comunicación, el mito del matriarcado zapoteca seguramente va a persistir.

Es particularmente irónico que las académicas, escritoras y artistas feministas hayan reproducido casi sin modificaciones gran parte del contenido, las imágenes y el estilo del discurso sobre el matriarcado zapoteca que fuera generado inicialmente por los exploradores (hombres, blancos, y de las clases acomodadas) tan vehemente condenados por los críticos post–colonialistas. En su búsqueda por expresar simpatía y solidaridad femeninas, las representaciones sobre las mujeres zapotecas de Kahlo, Iturbide, Poniatowska, Estés y Benholdt–Thomsen no han hecho otra cosa que recrear la imagen de la primitiva amazona tan profundamente enraizada en las construcciones occidentales de las sociedades no

occidentales. La complejidad de las vidas de las mujeres del istmo ha sido ignorada con la excusa de producir un sujeto femenino zapoteca "auténtico" que supuestamente desafía y se burla del patriarcado y puede ser presentado como un símbolo en las agendas feministas occidentales.

Lo que todos estos relatos (feministas y no feministas) comparten, es un punto de vista externo, no zapoteca, que contrasta la falta de poder de las mujeres en la sociedad urbana e industrial con el presunto alto estatus social y poder de las mujeres que viven en una sociedad rural como lo es la del Istmo de Tehuantepec. En este tipo de discurso se liga el poder de las mujeres zapotecas ya sea a su biología –su supuesto gran tamaño, agresividad y fuertes libidos– o a factores culturales: la conjeturada tendencia de la cultura zapoteca a valorar las contribuciones y características de sus mujeres. Es interesante hacer notar que este discurso es concomitante con otro que hace alusión a la debilidad de los hombres zapotecas, quienes supuestamente serían mandados por sus poderosas mujeres.

Sin embargo, las mujeres zapotecas no se ven a sí mismas como matriarcas. Durante los 15 años que Howard Campbell ha venido realizando trabajo etnográfico en el istmo, no ha escuchado ni una sola vez a alguna mujer zapoteca expresar la idea de que las mujeres locales, como grupo, dominan a los hombres, ni tampoco que las mujeres consideren que este tipo de situación es la ideal. Típicamente, las mujeres zapotecas ven sus roles sociales y políticos como complementarios a los de los hombres. Por ejemplo, Hermila Guerra, una mujer zapoteca que ha estado políticamente activa en la COCEI observó: "Hace diez años, cuando se levantó la organización de la COCEI, entonces mi esposo se integró a la lucha, yo como compañera estuve al lado de él" (Campbell *et al* 1993: 177). Adicionalmente, el tema de las características físicas de las mujeres zapotecas también puede ser visto de manera diferente por la gente local, como es el caso de Obdulia Ruiz Campbell, oriunda de San Blas Atempa, Oaxaca. Tal cual lo hacen los observadores externos, Ruiz Campbell (en comunicación personal) dice también que las mujeres zapotecas tienden a ser hermosas y prominentes. Sin embargo, a diferencia de los primeros que ven el tamaño físico y la circunferencia de las mujeres como una aberración, o una especie de *show* de horrores, Ruiz Campbell puntualiza que tanto los hombres como las mujeres zapotecas consideran la "gordura" un atributo positivo. En realidad, Ruiz Campbell sostiene que en la lengua zapoteca –reflejando los valores culturales indígenas– los adjetivos usados para halagar a las mujeres tienden a enfatizar su gran tamaño y presencia imponente, como es el caso de la ex-

presión *gunaa roo* (literalmente "mujer grande" pero que implica exuberancia o abundancia). En el istmo, de acuerdo a Ruiz Campbell, las mujeres "gordas" son apreciadas en lugar de ser denigradas, en una tradición cultural donde el volumen es asociado con la salud, y a nadie le importan las dietas. Desde el punto de vista istmeño, la fascinación euroamericana por las mujeres delgadas es una aberración exótica y opresiva.

Ruiz Campbell también concuerda con la noción de que el vestido de las mujeres zapotecas es hermoso y las hace lucir llamativas e imponentes. Sin embargo, Ruiz Campbell (comunicación personal) siente que los observadores externos se han detenido solamente en los aspectos superficiales del traje tehuano:

> el traje es muy caro y no es fácil de obtener. Las mujeres zapotecas deben trabajar muy duro comprando y vendiendo cosas para juntar el dinero suficiente que les permita comprar un traje. Es el producto del trabajo, de un tremendo esfuerzo de parte de la mujer. Por eso es que nosotras apreciamos el traje mucho más que los que no son de la región. Es el incentivo para que la mujer trabaje. El traje tiene una significancia social muy grande para la comunidad, ya sea en fiestas o casamientos. Nos confiere orgullo en lo que somos. Pero nosotros somos gente pobre y nos cuesta mucho obtener un traje. Nosotros no somos como aquellas estrellas de películas que fácilmente pueden vestir ropas caras y lujosas.

Así, Ruiz Campbell llega a la conclusión de que:

> Dada su corta estadía en la zona, los observadores externos –ya sean antropólogos, sociólogos o escritores– ...se van de la región con la impresión de que las mujeres zapotecas son amazonas o que viven en una sociedad matriarcal, cuando la realidad es muy diferente. Los extranjeros sólo se interesan por lo que ellos andan buscando, en lo que a ellos les simpatiza, o lo que les resulta más atractivo o novedoso. Es así que terminan por romantizarlo, exagerando una particular dimensión de la realidad, la cual va a depender de sus intereses personales (Ruiz Campbell 1993: 138).

En las investigaciones en el Istmo que viene realizando desde 1981, Howard Campbell ha escuchado con mucha frecuencia innumerables quejas de las mujeres zapotecas acerca de la actitud machista y el alcoholismo de sus maridos. También los casos en que los maridos abandonan a las esposas son bastante comunes. Campbell ha hecho notar de manera similar las limitadas oportunidades educacionales y de empleo de las mujeres zapotecas cuando se las compara con los hombres. Además, las principales posiciones políticas en el Istmo son controladas por los hombres, como así también la mayoría de las empresas de importancia. Finalmente, como ocurre a través de todo México (y del mundo en general), las mujeres trabajadoras del Istmo también son responsables

del cuidado de los niños y de la mayoría de las tareas domésticas –lo que se ha dado en llamar la "doble jornada". Por estas razones, Campbell llegó a la conclusión de que la sociedad zapoteca es, en realidad, patriarcal y no matriarcal o igualitaria. Es por esto que se hace necesario deconstruir el discurso que representa a las mujeres zapotecas como amazonas matriarcales.

Conclusiones

Muchas mujeres y hombres zapotecas comparten con los extranjeros la admiración por el traje tehuano, el éxito financiero de muchas mujeres comerciantes del istmo y el valor de las mujeres activistas de la COCEI. En general, la gente zapoteca ha aceptado las representaciones de su sociedad hecha por los observadores externos (especialmente la realizada por Covarrubias), que describen al istmo como a una región muy rica culturalmente, políticamente progresista, y un lugar donde las actividades de las mujeres son altamente valoradas. Las mujeres zapotecas, sin embargo, han apreciado menos aquellas representaciones que ignoran las dificultades de sus vidas o que distorsionan o pintan de forma sensacionalista la moral y las costumbres locales.

Algunos de los autores de las representaciones discutidas en este artículo, tales como Brasseur y Moro, fueron agentes de naciones europeas que ejercitaron su poder sobre México y tenían planes de controlar o beneficiarse de los recursos y la gente del istmo de Tehuantepec. Otros observadores, tales como Rivera, aunque no fueron cómplices de la estructura de dominación política extranjera de México y del istmo, produjeron representaciones de las mujeres zapotecas que fueron parte de un proceso de idealización, distanciamiento y apropiación de las culturas indígenas por parte de las elites intelectuales no indígenas de la ciudad de México (Oles 1993; Delpar 1992; Spurr 1993).

Desafortunadamente, las artistas y escritoras no zapotecas también han representado a las mujeres zapotecas de manera muy similar, aunque, a diferencia de los intelectuales varones, lo han hecho con la intención de promover una agenda feminista. Estas mujeres (como es el caso de Kahlo, Poniatowska e Iturbide), se han mostrado dispuestas de manera muy favorable hacia las mujeres istmeñas a las cuales han descrito como vigorosas, atractivas y exitosas. Sin embargo, en este artículo también hemos cuestionado estas descripciones feministas, en el entendimiento de que tales descripciones (irónicamente) no dan cuenta de la forma en que las mujeres zapotecas son oprimidas por los hombres lo-

cales y porque las mismas pasan por alto las difíciles circunstancias de vida por las que atraviesan las mujeres del istmo (Campbell 1994; Ruiz Campbell 1993).

Cuando las mujeres zapotecas obtengan una oportunidad similar a la de los observadores extranjeros para expresar y defender sus propias definiciones y representaciones, se va a abrir la posibilidad de un debate mucho más rico sobre la forma en que se ha descrito a la sociedad del istmo. Tal debate sería mucho más válido etnográficamente, a la vez que más democrático, ya que comenzaría a desmantelar las barreras que privilegian las representaciones del primer mundo sobre aquellas que los pueblos del "tercer mundo" y las poblaciones indígenas realizan sobre sí mismos.

Notas y referencias bibliográficas

* Traducción al castellano de Pablo Vila.

1. Limitaciones de espacio impiden un análisis detallado de la transmisión de imágenes y representaciones acerca de la mujer zapoteca que van de un escritor o de un pintor a otro. Este tipo de análisis requeriría de un libro completo para ser llevado a cabo fehacientemente. En este artículo, nuestra meta es mucho más modesta, dado que lo único que queremos demostrar es la existencia de una continuidad en el contenido de los discursos externos acerca de la mujer zapoteca, así como presentar un pequeño inventario de algunas de sus características más relevantes.
2. Las auto–representaciones de las mujeres zapotecas deberían ser tomadas con más seriedad por los académicos, los periodistas, y todos aquellos estudiosos que quieran entender la vida y la cultura del istmo de Tehuantepec. Algunas de estas representaciones serán materia de este artículo. Sin embargo, limitaciones de espacio nos imposibilitan un tratamiento pormenorizado de este tópico. Esperamos poder discutir las auto–representaciones de las mujeres zapotecas en mucho más detalle en futuros trabajos. De ahí que el tema de las representaciones foráneas sobre la mujer zapoteca, tema por demás extendido, será el foco principal del presente ensayo.
3. Buenos ejemplos de esta imaginería pueden ser encontrados en la mayoría de las guías turísticas que promocionan México, en su sección dedicada al istmo de Tehuantepec, así como también en artículos sobre Oaxaca en la sección de viajes de los diarios norteamericanos. Extractos de algunas de las crónicas más importantes realizadas por viajeros Europeos que tempranamente visitaron la región pueden ser encontradas en la revista cultural zapoteca *Guchachi' Reza*.
4. La sigla COCEI significa: Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo.
5. Fuera del istmo de Tehuantepec, las mujeres zapotecas del istmo (ya sean de Tehuantepec, Juchitán u otras comunidades de la región), son muchas veces identificadas como tehuanas. Sin embargo, en el istmo, el término tehuana se usa primordialmente para referirse a las mujeres de la ciudad de Tehuantepec.
6. El uso que hace Brasseur del término *Didjazá* para referirse a la mujer zapoteca es erróneo. *Didjazá* es en realidad la palabra nativa para referirse al idioma zapoteca.
7. El libro de Covarrubias también parece ser la fuente de información de muchas guías turísticas que se refieren al istmo. Adicionalmente, los intelectuales zapotecas más influyentes, tales como Andrés Henestrosa, Macario Matus, Víctor de la Cruz y Manuel Matus, también han leído cuidadosamente a Covarrubias, y lo han utilizado como una fuente de información

clave en sus propios escritos acerca de la cultura zapoteca. El estilo en el cual Covarrubias pintara al istmo ha sido también una fuerte influencia para los artistas zapotecas del calibre de Francisco Toledo, Israel Vicente, Oscar Martínez y Miguel Ángel Toledo.

8. La positiva recepción que el trabajo de Covarrubias tiene entre la gente zapoteca (que incluso llega al punto de que estos últimos han incorporado elementos de la representación de Covarrubias en sus propias auto-representaciones), nos debe hacer reflexionar sobre el hecho de que no necesariamente debemos asumir que las representaciones "externas", "occidentales" acerca de sociedades no occidentales son, por definición, negativas, racistas o sexistas. Esta presuposición está en la base de muchos trabajos recientes sobre el discurso colonial (ver, por ejemplo, Spurr 1993).
9. Estés (1992: 481) llega al extremo de comparar el comportamiento social de las mujeres zapotecas con la conducta de los lobos. La implicación de esta comparación es que la gente zapoteca está muy cerca de la naturaleza, algo así como un pueblo en completo estado tribal que no ha sido tocado por la civilización urbana (ver también p. 203).
10. Obdulia Ruiz Campbell, en comunicación personal a Howard Campbell, está de acuerdo en que los hombres zapotecas ponen menos énfasis que las mujeres en la preservación de las ropas "indígenas", pero esto no implica que los hombres zapotecas dejen de participar, a la par de las mujeres, en la transmisión de las tradiciones locales. En particular, Obdulia hace notar que los hombres son especialmente importantes en la preservación de ciertas tradiciones, por ejemplo en la preservación de la estructura de mayordomías del sistema de fiestas zapotecas, por muchos considerado como un rasgo bien distintivo de la cultura del istmo.
11. Para un análisis de la idea de "mujer salvaje" en el pensamiento occidental, ver Tiffany y Adams (1985) y Estés (1992).
12. Las mujeres en todo México han participado activamente en los movimientos políticos populares. Muchas mujeres mexicanas también tienen un considerable grado de poder dentro de sus hogares y en algunas otras áreas como es el caso de la actividad religiosa. Pero, por lo general, se valora mucho más a los hombres y a las actividades que ellos realizan que a sus contrapartes femeninos. En este sentido, la valuación ideológica de las mujeres que caracteriza a la cultura zapoteca es algo muy peculiar dentro de la cultura mexicana.
13. Para una visión distinta que da cuenta de la opresión que sufren las mujeres en la sociedad zapoteca del istmo y puntualiza lo errado de algunos tratamientos feministas sobre las mujeres zapotecas, ver Campbell (1990) y Ruiz Campbell (1993).